

El cántico interno, el más importante y perfecto, es la armonía que producen no los sonidos de mi garganta, sino la atención y los pensamientos y los afectos de mi alma hacia Dios y que brotan y se difunden hacia Dios, como se difunde la luz, como se difunde el perfume. El cántico interior es la vibración de mi alma y de mi cuerpo, que se eleva a Dios en ofrecimiento y alabanza de amor, de agradecimiento, de admiración, de súplica. Esa callada resonancia del interior del espíritu es la vibración y la vida del amor a Dios, es la vida espiritual interior, siempre viva y continua; el amor no duerme; aun cuando duerma el cuerpo, el amor vela y llamea. El amor es transparencia de Dios en el alma, es destello del cielo en el alma, es siempre ofrecimiento y agradecimiento; es con frecuencia gozo inexpresable. Es la savia que produce las virtudes y la santidad.

236. Canto dulcemente este cántico callado y exhala mi alma esta fragancia de cielo cuando estoy recogido, callado, atento con Dios en la oración y el Señor le recoge agradado. ¿Qué hace mi alma en la oración? Está cantando este cántico de íntimo amor a Dios; está envuelta en la armonía de los ángeles; está empapándose e iluminándose de la hermosura y claridad de Dios; me atrevo a decir con humildad que está el mismo Dios enseñándole

a cantar el cántico de amor que más le agrada, que es el cántico del mismo Dios.

Mi alma enseñada por Dios, mi alma envuelta y saturada de la hermosura y claridad de Dios canta con gozo y sin cansancio las misericordias y bondades que el Señor ha tenido en llamarme con El; canta la bondad que espero ha de tener de darme la perseverancia y de completar en mí la obra de la santidad que ha empezado, haciendo de mi alma el jardín floridísimo, embellecido y perfumado con todas las flores y fragancias de las virtudes y enriquecido con los más sazonados frutos y joyas más preciosas de la santidad. Mi alma canta dentro de sí misma a Dios el cántico de su presencia continua en mí, de mi ofrecimiento constante a El. Este es el cántico que más le agrada.

Podré tener fatales y no agradables cualidades externas de arte; podré carecer de la dulzura de la voz y de la afinación y de gracia musical, pero lo que importa y vale es el cántico de dentro, la dulzura y la afinación del amor a Dios, de la atención y fidelidad a Dios, y esto siempre me lo da el Señor si yo quiero y siempre puedo cantarle como le cantó la Virgen cuando dijo: *«Alaba mi alma al Señor y mi espíritu está transportado de gozo en Dios mi Salvador.»*

La Virgen canta de gozo porque está en Dios por la gracia y el amor; la fe la enseña esa realidad de Dios en su alma y crecía en el amor por las

virtudes. Y la fe me enseña a mí que Dios está en mí y que yo puedo crecer en la gracia y en el amor si practico, como la Virgen, las virtudes.

237. La Virgen canta dulcísicamente en su interior este cántico, el más hermoso de todos, cuando está ofrecida al servicio de Dios en el templo; y le canta en los quehaceres ordinarios de su casita limpiando y atendiendo a San José y a Jesús; y le canta más admirable cuando siente su alma atravesada por el dolor al pie de la cruz viendo crucificar a su Santísimo Hijo; y le canta en Efeso, en la vida escondida y hacendosa, atendiendo a San Juan y a los primeros cristianos que acudían a recibir consejo del discípulo amado y verla a Ella. La Virgen canta alabando a Dios por sus grandezas y maravillas y por las misericordias que con Ella tiene. La Virgen expresa su agradecimiento y eleva su súplica a Dios por ella y por todas y cada una de las almas del mundo. La Virgen canta a Dios en su vida interior y con sus virtudes. Canta a Dios con su amor, su mansedumbre y su ofrecimiento de dentro y canta a Dios siendo la servidora de todos y la oración y súplica por los Apóstoles que predicaban por el mundo. ¡Qué sencillo es el cántico de la Virgen! Pero al mismo tiempo es el más delicado y maravilloso.

Este mismo ha de ser mi cántico a Dios. No quiere el Señor que le cante el cántico de la sabi-

duría ni de profundos conocimientos o reflexiones, que no tengo, ni el cántico del arte de que carezco, ni que reparta grandísimos bienes que no poseo ni haga milagros que no puedo. Mi cántico de alma recogida y ofrecida es negarme a mí mismo quitando mi mal genio y mi aspereza y darme a Dios en vida de oración y en traerle siempre presente en mi recuerdo y darme en mansedumbre, humildad y caridad a mis prójimos y hermanos. Todo en vida pobre, sobria y mortificada como la Virgen.

¿Para qué dejan tantas vírgenes consagradas a Dios los abundantes bienes de fortuna en que nacieron y la vida regalada y cómoda y de abundancia en que vivieron y podían haber vivido y las selectas amistades de que gozaban? Lo dejan y se dejan a sí mismas con todas sus ilusiones terrenas para cantar el cántico de amor a Dios en la vida interior, en la vida pobre y mortificada y para estar siempre en Dios y con Dios presente. Su trato y su ilusión es ser de Dios, vivir en Dios, amar a Dios y ser amadas de Dios. Cantan el cántico del amor interior y exteriormente en su corazón, en sus voces y en sus virtudes.

El alma recogida canta este cántico de amor a Dios principalmente en la oración. Dios se pone en el alma en la oración y la enseña a cantar el cántico que repetirá luego durante todo el día. En la oración de tal manera se hace presente Dios al alma, que ya nunca pierde el alma su recuerdo ni

su amor. Siempre canta el alma a Dios presente, a Dios amor. Aun cuando esté siendo probada por la aridez y sequedad, aun cuando parezca que Dios se oculta. El alma está con Dios, ama a Dios y canta a Dios. ¡Esto es amor!

238. Me viene a la memoria la comparación de San Francisco de Sales animando a las almas no dejen la oración aunque estén secas y no sepan decir nada ni encuentren a Dios. Si un músico bueno canta por agradar a su rey y el rey le dice que continúe cantando, porque es de su agrado, pero el rey se va de paseo, si el músico de verdad canta para agradar a su rey, continuará cantando con el mismo entusiasmo cuando el rey se fue de paseo que cuando estaba presente, porque ésta es su voluntad. Pues el alma lo mismo ha de continuar en la oración y no abreviarla cuando está muy afectuosa y tierna que cuando está seca y no se le ocurre nada ni ve nada.

Pero Dios no se va de paseo y deja el alma. Dios se esconde muy amorosamente en lo íntimo y secreto del mismo alma. Mi alma no está sola con las paredes como el músico, sino que sé ciertamente que aun cuando no le veo tengo a Dios dentro de mí mismo y está hermoseándose, y escucha agradabilísimo las melodías de mi sequedad o de mi tentación. Quizá son las melodías

que más le agradan de mi canto y las que más me santifican.

Canta, alma mía, a Dios presente en ti y canta el cántico que más le agrada. Mírale presente en ti en todos los lugares. Cántale siempre y en todas partes.

Está San Isidro arando las tierras; está Santa Teresa con la sartén en la mano friendo; está la Virgen moliendo el trigo en casa o limpiando las virutas y están cantando a Dios el cántico del amor. A Dios canta la religiosa santa que monda patatas o escoge lentejas y hace la comida para las hermanas o para los pobres, y la madre que limpia y da de comer a su niño, y la enfermera que asiste al enfermo, y la maestra que enseña al pequeñuelo, si lo hacen por Dios. Así cantaba la Virgen cuidando a Jesús niño o adulto. Todos debemos cantar a Dios.

Canta, alma mía, tú que te has ofrecido a Dios y estás sola recogida con Dios. No es el canto de la garganta; es el canto de dentro, del amor, del ofrecimiento, de la aceptación. Canta con todo tu ser y en todas las cosas. Es el cántico del reconocimiento y del agradecimiento. Es el cántico del amor que produce la abnegación y la humildad y todas las virtudes, y que santifica. Dios recibe agrado tu cántico.

Canta no sola, sino unida a los ángeles y bienaventurados del cielo y a los santos que aún viven

y aman en la tierra; canta en compañía del mismo Jesús y de la Virgen, que ellos recogen tu canto y le hacen suyo, le transforman y hacen canto de cielo. Jesús sabe y quiere transformar en la misma belleza y dulzura y encanto lo que yo hago áspero y estridente, por no saber más. Dios torna resplandeciente y riquísimo lo que yo hago pobre y manchado.

239. Por esto el alma santa lleva de ordinario la alegría en el corazón, aun cuando se sienta bajo el peso de la prueba y la tristeza quiera aprisionar el espíritu. La fe y la esperanza hacen florecer la alegría en el alma. La fe y la esperanza me enseñan este cántico: «Sé que es la mano de Dios, que me ama, la que me aprieta y estruja, y me aprieta porque me ama, para purificarme, para santificarme, para transformarme y glorificarme y poner en mi fragancia nueva de cielo. Quiere darme una modalidad nueva de santidad, un conocimiento nuevo, una vida nueva de más gracia y más amor. ¡Mi confianza es el Señor.»

Canto a Dios en todas las obras que realizo durante el día, según su voluntad; le tengo consagrada mi vida en todas mis acciones mientras estoy despierto; cuando estoy pensando los pensamientos más altos y cuando estoy ejecutando las obras más sencillas y triviales. En las obras sencillas y ordinarios quehaceres revoloteaba continua-

mente en el corazón de la Virgen la dulcísima armonía del cántico de la alabanza y del ofrecimiento a Dios. Y esto mismo quiere el Señor de mí en todas mis acciones y en todos mis pensamientos, ya que le estoy ofrecido. Esto me santificará y transformará. Estaré en un afecto rebotante, en un bullir en alegría, porque siento a Dios, o estaré en pesadumbre y en oscuridad, con la frialdad de la sequedad o de la tentación, pero de un modo y de otro está Dios en mí amándome y labrándome y preparándome para la transformación y unión de amor con El, y esto debe llenarme de interno gozo y alegría. Dios une su cántico infinito a mi pequeña melodía; me une a Sí mismo y canto el cántico de Dios. Bendito sea, pues me da lo que yo no sabía.

Mi cántico a Dios siempre es de súplica, aun en el agradecimiento. Debo cantar confiado, pues sé que Dios siempre me da lo que más me conviene, aun cuando yo no sepa pedirle.

Canto suave y agradablemente a Dios en la humildad, le canto en la obediencia, le canto en la vida áspera e incómoda o de sacrificio que he escogido. Cuando no me he renunciado a mí ni me he rendido a estas virtudes, mi cántico sería bronco y despacible y desagradable a Dios. El cántico de dentro se manifiesta por las virtudes de fuera, por la mansedumbre, bondad y mortificación.

240. Dios ha tenido la bondad de escogerme a mí para cantar también el cántico externo; para, en cierta manera, ser la voz de la Iglesia y expresar la armonía de la Iglesia. Quiere el Señor de mí que, además del cántico interior, que es expresión de mi deseo y manifestación de mi amor y ansia de vibrar todo en amor de Dios, cante el cántico exterior no sólo mío, sino de todos, por la Iglesia y por todos los hombres. Represento a la humanidad entera cuando canto en el rezo del coro y en la oración. Mi lengua y mi voz y todas mis cualidades las ofrezco a Dios cantando el canto de la Iglesia, el himno a Dios que en la tierra entona la iglesia militante y me une a la Iglesia triunfante del cielo.

Mi obligación y mi amor me enseñarán a cantarle poniendo todas mis cualidades interiores y exteriores. No canto a un hombre ni para el público; canto a Dios y en compañía de los ángeles mismos y por las almas.

Debo esmerarme en poner lo primero las cualidades de mi alma. Si el Señor no me ha dotado de una voz agraciada y afinada, si no me ha dado cualidades musicales, puedo y debo poner toda mi atención y todo mi amor en Dios y ofrecerle la confusión que produce no tener cualidades externas, y entonces mi canto delante del Señor y mi voz serían los más delicados, afinados y encanta-

dores. El amor y la humildad son la dulzura y suavidad delante de Dios.

Y si Dios me ha dado también cualidades externas, debo ofrecérselas todas al Señor con la mayor delicadeza y esmero. Porque vuelvo a decir que no es a los hombres, sino a Dios, a quien canto, y en su presencia, y canto lo que el mismo Dios por su Iglesia y por sus santos me ha enseñado. Recito y modulo las mismas palabras de la Iglesia, que es santa, o de David; y debo modularlas devotamente, reverentemente, santamente, como ellas son santas.

Las recito pidiendo santidad y misericordia para toda la Iglesia en sus miembros y para todos los hombres; que sean santos sus ministros y los consagrados a Dios; que se conviertan y amen a Dios y entren en el camino de la santidad cuantos están apartados de Dios. Yo en mi canto soy el encargado y delegado para dar gracias a Dios por todos sus beneficios y sus bondades y para pedir fervor, santidad y virtudes para las almas y suplicar desaparezca el pecado convirtiéndose el pecador en santo. De mi fervor, de mi espíritu y santidad dependerán muchas veces el que la petición de la iglesia sea favorablemente despachada en el cielo o no consiga ser oída. *«Padre—decía Jesucristo—, te pido que no salgan de tus manos estos apóstoles que he escogido, porque son tuyos.»* También ésta ha de ser mi súplica de mi cántico. Padre, te pido

me concedas la perfección para que me has llamado, mi santificación, la rectitud de intención en todas mis obras. Me he ofrecido a Ti; te he ofrecido todas mis acciones, te ofrezco esta mi petición de que persevere en la fidelidad a tu llamada. Te pido envíes tus misericordias a mi alma y a toda la Iglesia para que sea santa en sus miembros todos, en especial en tus ministros y en las almas que se te han consagrado. Te pido que se extienda por todo el mundo y que todas las almas conozcan y amen a Jesucristo, tu enviado, y a Ti y se salven. Que tu gracia vivifique a todas las almas.

Mi cántico es el cántico de la Iglesia suplicante. Con la Iglesia, como Jesús, pido a Dios su amor y su misericordia no sólo para mí, no sólo para aquellos que conviven conmigo en una misma aspiración y deseo de santidad, sino para todas las almas. Soy el cántico de la súplica y de la expiación por todos los hombres. Dios me los encomienda a mi oración y he de pedírselos con confianza y santo atrevimiento. Moisés y San Pablo me dan el ejemplo. Cuando el Señor dice a Moisés que va a borrar a su pueblo por la apostasía cometida, Moisés le dice al Señor: *«Pues les borras a ellos, bórrame también a mí.»* Y la misma petición hace San Pablo. Sabían muy bien ellos por el amor que le tenían que no les borraría a ellos del libro de la vida, y que le era muy agradable esta petición

de heroica caridad y se la concedería. El amor enseña cosas extrañas.

Si mi amor no llega a tan heroica súplica, por lo menos que llegue, Dios mío, a ofrecerme a la expiación por los pecados que se comenten; que me ofrezca, oh Jesús, Contigo y como Tú te ofreciste por los pecados del mundo.

¿Llegarán mis oraciones, mis cánticos, mis expiaciones al cielo? ¿No me doy perfecta cuenta de que Dios está dentro de mí, en lo íntimo de mi alma? ¿No tengo presente que yo estoy en Dios? En mí está el Creador del cielo y el que es más que el cielo y la gloria del cielo. En mí está el Omnipotente. Está en mi lengua, y en mi garganta, y en los sonidos de mi voz, y en los pensamientos de mi inteligencia, y en los afectos de mi voluntad. Aquí presente le canto y le pido y me ofrezco, y sé que me escucha y recoge bondadoso mi ofrecimiento y mi petición y en ella se agrada. Sé, oh Señor y Dios mío, que quieres me ofrezca a Ti y te pida mi salvación y mi santificación y la salvación de todas las almas.

241. ¡Qué grande misión me ha encomendado el Señor! ¡Y qué grande responsabilidad de amor si yo no la cumplo! Decía antes que esposa de Cristo es toda alma santa y de amor. Jesucristo deposita su confianza en el alma santa, entregándola la Iglesia y las almas, que son su herencia

y sus joyas. ¿Qué se diría de una esposa que tuviera abandonada y sucia la casa y dejara perder las joyas que la había entregado su marido? Pues el Señor ha querido hacer esto conmigo. No se lo ha confiado a los sabios, ni siquiera a los predicadores, sino que me lo confía a mí, a mi oración, a mis sacrificios y mis virtudes. ¿Defraudaré yo su confianza? Me confía a mí su iglesia y las almas, porque sabe que yo no valgo nada, y no me puede entrar presunción de nada y todos verán que ante un instrumento tan inútil es sólo Dios quien lo hace y le alabarán y amarán más. Por eso me dice a mí que soy nada, que cuide su Iglesia y sus almas, que cante su alabanza, que cante y pida misericordia y me ofrezca a la expiación.

Dios está en mi metido dentro de mi alma. Dios está poniendo en mi la vida sobrenatural de gracia y de amor. Dios pone en mi la fe, la esperanza y el amor suyo, para que crezcan en mi todas las virtudes, y para que yo le cante. Dios quiere transformarme en amor con él. ¡Y es El quien tiene que transformarme y unirme! Yo tengo que cantar más que con mi garganta, con mi atención, con mi amor y reverencia. El amor une, como la atención es unión del alma con el Amado a quien atiende.

Dios mío, dadme la gracia y la fortaleza para que yo me entregue decididamente acompañándoos en mi interior y ofreciéndome en todas mis acciones.

Ya sé que estás en todas mis acciones; quiero

cantarte con todas ellas ofreciéndotelas y haciendo en todo tu voluntad; Quiero apartarme de lo que me disipa y hace olvidar de Ti: Quiero ser totalmente tuyo siempre y en todo. Lo he dejado todo por seguirte y como una carmelita decía: *quisiera haber tenido mucho más y valido mucho más para dejarlo también todo por Ti*. Que nunca vuelva yo a buscar ni a ansiar lo que dejé. Que me deje a mi mismo en tus manos y entonces si que me recogerás y meterás dentro de Ti y me enseñarás a cantar sin desafinación, ni roce ni aspereza alguna el cántico nuevo del amor perfecto. Será cántico como el de los Angeles de alabanza y de adoración; será cántico de agradecimiento a tantos beneficios y de acatamiento a las disposiciones de tu voluntad infinita y paternal para conmigo; será cántico de adoración y de súplica por todo el mundo, por todas las almas, por todos los a Ti consagrados y Apóstoles tuyos y por todos los rebeldes y que se levantan contra Ti; cántico de expiación, la expiación que tu me pides por todos los pecados y pecadores y yo te he ofrecido. A Ti me entrego.

Quiero poner todo mi amor y quisiera poner todo mi afecto en cada pensamiento de mi inteligencia y en cada acento de mi voz. Sé que Tú los recoges. Ilumina Tú mi alma ya que estás en ella. Sé mi Dios de amor para mí.

Y mi memoria vuelve a Ti como siempre recordándome que siempre estás en mi llenando mi al-

ma; y mi alma sabe que es tuya y es amada por Ti. Tú me comunicas no sólo la vida del cuerpo, sino la gracia sobrenatural que es la vida del alma, y me pones los deseos que por Ti siento. Agrandad, Dios mío, estos deseos para que crezca tu amor en mí y las virtudes, para que mi intención sea cada día más ardiente y recta en amarte y ser en todo tuyo.

Alma mía y todo mi ser, canta y alaba a Dios. Ofrécete a Dios. Déjate llenar de Dios. Déjate llenar de su amor para que te una Consigo. Sé delante de Dios armonía y hermosura que continuamente le cantes y alabes, como los ángeles del cielo y en unión de las jerarquías angélicas.

El cielo es cántico de amor glorioso. Mi alma es cántico de virtudes y de fe. Soy y quiero ser alabanza a Dios en la tierra y en el cielo. Me entrego, Dios mío, en adoración y alabanza a Ti. Quiero ser cántico perenne de amor de Dios.



## DECIMOQUINTA LECTURA - MEDI- TACION

DIOS      MPIA Y VACIA EL ALMA PARA UNIRLA EN AMOR  
CON EL

242. Mi gozo y mi ilusión es cantar a Dios. Aspiro a cantarle con toda la atención, con todo el primor y delicadeza que yo sepa y pido me dé el amor, que crezca en mí el amor para que me enseñe a cantarle más dulcemente.

Yo he escogido vivir en el santuario de mi recogimiento, sólo con Dios y mirar a Dios, Dios infinito, en mí. La palabra santuario ya me recuerda a Dios; estoy ofrecido y aun consagrado a Dios; soy plegaria de alabanza, de agradecimiento y de súplica a Dios. En este lugar donde vivo y en este santuario de mi alma, todo debe cantar gloria y alabanza a Dios.

Dios me ha llamado y me llama al recogimiento. El recogimiento, a solas con Dios, todo ha de lle-

narlo Dios. Mi alma y mi cuerpo han de ser el santuario y el templo vivo de Dios, donde mora gusto, donde el alma vive no sólo con Dios, sino a Dios y le canta con sus potencias el cántico del amor. Cantar a Dios este cántico con la perfección posible debe ser mi gozo.

Y eres Tú, Dios mío, quien me tiene que enseñar este cántico y el único que me le puedes enseñar y darme las cualidades necesarias para cantarle. La Virgen te cantó el cántico más grato a tus ojos, después de Jesús, pero Tú se le enseñaste. Tú la pusiste en humildad y conocimiento de sí misma; Tú la pusiste en vacío de criaturas y limpieza de espíritu y la uniste en amor a Ti; Tú la enseñaste a ofrecerse y confiar en Ti, y limpia ya y hermosa la metiste por la puerta de la humildad en tu pecho y la hiciste amor tuyo y cantó el más hermoso cántico del amor a Ti, en agradecimiento y alabanza.

En ningún lugar del mundo se ha cantado el cántico del amor tan amorosa y delicadamente ni con tanta unión como en la casita pobre de Nazaret. Aquella casita pasaba desapercibida al mundo; aquella casita era muy modesta y pobre a los ojos de los hombres, pero en realidad y a los ojos de Dios era un cielo; estaba llena de la luz y del calor del cielo. Nada allí impedía la unión de amor con Dios; no lo impedía la codicia de bienes terrenales, ni la vanidad personal; no el amor propio o el ansia de presunción y fama. Todo había sido purificado y

transformado y hecho amor de Dios. Sus tres moradores estaban perfectamente unidos a Dios y hechos uno mismo por el amor de Dios.

El cántico más parecido al que se cantará en el cielo se cantó constantemente en la casita pobre de Nazaret. Sus moradores estaban llenos del amor de Dios y hechos amor de Dios por la transformación de amor. El corazón de los tres era un solo corazón unido a Dios y era como amor vivido, porque los tres estaban transformados en amor de Dios y unidos con Dios. María y José estaban en Jesús y Jesús en María y José.

La aspiración de toda alma de intenso amor a Dios, es dar gloria a Dios, viva donde viva. De modo muy especial han de aspirar los conventos a dar gloria a Dios. Dios inspiró a los fundadores de todas las Ordenes religiosas para que hiciesen los conventos para dar gloria a Dios en ellos y deben darla de modo perfecto a semejanza de la casita de Nazaret, unidos entre sí los corazones que en ellos viven y unidos todos en la unión de amor con el mismo Dios.

243. Quiere Dios, y yo mé he propuesto seguir su voluntad, unir a El toda mi persona en lo interior y en lo exterior, en mis pensamientos y afectos y en las acciones de mis sentidos. Sé que si yo lo hago de mi parte, Dios me los recoge y hace suyos y por ese modo secretísimo y maravilloso que El solo sabe

y El solo puede hacer, uniré mi alma a Sí mismo en unión de amor. ¿Cómo se realizará esto y cuándo? muriendo yo a mí mismo en mi amor propio, estando atento a su voluntad y cuando haya muerto perfectamente a este mi amor propio y en nada me estorbe para hacer su voluntad.

Mi aspiración y mi esfuerzo ha de ser amar a Dios sobre todas las cosas, amarle más que a mí mismo. Amarme a mí mismo en Dios y según Dios y amar a todos los demás como a mí mismo en Dios y según Dios. Este es el cumplimiento perfecto del precepto del amor a Dios y también del amor al prójimo. ¡Amando a Dios sobre todo; amándome a mí en Dios y amando al prójimo en Dios; en Dios aprenderé a amar también la naturaleza y los seres de la naturaleza.

Sé, Dios mío, que tiene que desaparecer de mí mi amor propio para que llegue el momento de la unión con Vos. Sé que tengo que vaciarme de todos mis apetitos para que llegue ese momento tan deseado; tengo que quitar de mí lo que es tierra, lo pesado que tira hacia abajo, para que me podáis vestir y transformar en luz vuestra, en transparencia vuestra, en amor y hermosura vuestra, que me empuje hacia arriba, hacia lo que es cielo y vida de cielo. Y esto lo tenéis que hacer Vos mismo. Si Vos no lo hacéis, yo nunca podré hacerlo, que *«nunca el alma atinara a vaciarse de sí misma si Vos no la vaciarais»*. Vacíadme, oh Señor mío, para que pueda

subir en las alas de la fe y de la humildad a vuestro amor y a vuestra verdad. Llenadme de vuestro amor y enseñadme a vivir vuestra verdad.

Amar a Dios con todo mi corazón es mi ensueño continuo y el de tantas almas que están ofrecidas a Dios. Para llegar a poseerle en amor he salido y necesito salir de todas las cosas. El alma salió

en una noche oscura,  
con ansias en amores inflamada.

.....  
En secreto que nadie me veía  
ni yo miraba cosa,  
sin otra luz ni guía,  
sino la que en el corazón ardía.

He salido, al parecer, con decisión, con trabajo. Con decisión rompí con todo y salí de mí. Parece que habiendo dado el primer paso y roto con todo, ya llegaría el momento del amor y de la transformación y el alma se uniría con Dios en amor. Y pasan sobre mí los años y me pregunto angustiado: ¿Hasta cuándo, Dios mío? ¿Todavía hasta cuándo?

Me narran las historias que cuando los guerreros antiguos iban a tomar una ciudad, primero la cercaban y después venía el asalto a las murallas. No morían muchos al cercar las murallas, pero morían muchísimos cuando empezaba el asalto y sin el asalto rara vez se entregaba la ciudad. Yo he dado el

primer paso al recogerme y decir que me he ofrecido al Señor, pero tengo ahora que asaltar estas murallas y este castillo de mi amor propio y de mis apetitos; ahora es cuando se presenta el tiempo más difícil para mi inconstancia. Si no entro con mano fuerte y decidida y costante a dar muerte a este mi amor propio y a estos mis apetitos, si me dejo enternecer de sus sentimientos, irremisiblemente acabarán ellos con mis propósitos y con mi decisión y nunca llegaré a la perfección y unión de amor con Dios como me había propuesto. Ahora estoy en lo más difícil y necesario después del primer paso que di. Necesito ser constante y obrar con la fortaleza de la humildad y de la confianza en el Señor, como dijo Dios a Josué, para que tomara posesión de la tierra prometida. Si yo no mato mi amor propio y mis apetitos, mis apetitos y mi amor propio se encargarán, con mucho refinamiento y mucho cumplimiento, de traicionarme y matarme a mí. Y aquí no voy a morir como los que asaltaban las murallas ni a encontrarme con las puntas de las lanzas y de las espadas del enemigo que se defiende; aquí voy a un triunfo seguro, y voy a tomar posesión y apropiarme la vida de amor de Dios y la amistad y el trato y la unión con Dios mismo. ¡Dios mío, qué ilusión tan sin igual! ¡Qué gozo da el sólo pensarlo!

Voy a la vida de amor de Dios, y cuando el amor de Dios es crecido, fortalece el alma y la inmuniza; el amor de Dios por sí mismo acaba con el amor

propio y con los apetitos y llena de luz y de hermosura y de vida de cielo el alma. Venciéndome a mí mismo, me haré amor de Dios. He venido a amar a Dios con todo mi corazón y ser del divino amor. Amar a Dios es entrar en el mismo Dios, es empaparse en las perfecciones del mismo Dios y hacerse, en cierta manera, consustancial con el mismo Dios; es hacerse hermosura con la hermosura infinita de Dios, más amable que todas las cosas amables. ¿Cuándo me unirás a Ti, Dios mío?

En esta preciadísima hermosura de Dios y en esta bellísima luz divina quiero yo recogerme y hacerme luz y hermosura. He de recogerme en mí, dejando todas las cosas que deslumbran y atan, recogíendome con Dios dentro de mí y dentro de Dios. Viviendo en esta infinita hermosura y en la delicia de esta luz de Dios, soy un ciego topo cubierto de tierra que no aprecio ni veo tanta grandeza. He de seguir la luz que en el corazón ardía puesta por Dios, guiado y enseñado por la palabra y la sabiduría de Dios y bien agarrado a la mano de Dios con la confianza puesta en El.

244. La luz que ahora se transparenta a través de los velos de la fe, se me presentará más clara y hermosa y más atrayente y admirable y aumentará en mí el ansia por conseguirla y llenarme de la misericordia del Señor.

¿Qué será amar a Dios con todo el corazón?

¿Porqué no lo habré conseguido ya? Y vuelven a mi recuerdo las palabras de Santa Teresa: *¡Oh Señor de mi alma y Bien mío!, ¿por qué no quisiste que en determinándose un alma a amaros, con hacer lo que puede en dejarlo todo para mejor emplearse en este amor de Dios, luego gozase de tener este amor perfecto?... Pues en llegando a tener con perfección este verdadero amor de Dios, trae consigo todos los bienes.* ¿No véis, Señor, mi decisión y deseo? ¿No presenciáis el esfuerzo que hice para dejarlo todo y recogerme y mi esfuerzo de cada día con mis sentidos y apetitos y con mi amor propio? ¿Cuándo acabaré con esto corporal, ruin que hay en mí opuesto a vuestro amor? ¿Cuándo veré que triunfa ya seguro vuestro amor en mí? ¿Cuándo obrará vuestra mano omnipotente este prodigio en mí? ¿Por qué no lo obra en seguida como lo deseo?

También esto es para mí misterio de vuestro amor. Queréis que día tras día y sin desaliento ejercite la constancia y Vos, muy calladamente, vais obrando en mí y sin yo sentirlo vuestra obra de amor. Yo no lo siento de momento, pero Vos lo vais realizando según sea mi cooperación y constancia y mi entrega. Ahora no solamente no siento vuestra obra de amor, antes muchas veces me parece sentir que voy perdiendo de la decisión que tenía al principio y que no bulle en mí como hervía el deseo y el esfuerzo para pasar por encima de todo y vencerlo todo como entonces lo vencía. Hasta se presentan

a veces vacilaciones de mi voluntad para el esfuerzo y me parece no he adelantado nada en tantos años como hace que empecé, y que es menor mi confianza en Vos que la que entonces tenía. ¿Dónde y cómo os escondéis? ¿Cómo no siento que me guiáis?

No debo desalentarme ni creer he perdido el tiempo y que no he ganado nada. No debo desalentarme, sino repetir confiado: *lo conseguiré*. Me daréis vuestro amor. Haréis vuestra unión de amor conmigo misericordiosamente. En aquella primera decisión que tenía, entraba mucho, sin darme cuenta, mi amor propio; tenía confianza en mí mismo aunque fuera solamente implícita. Pero es la unión un bien tan alto, tan sobre excedente a todo, tan insoñable, que solo Vos, Dios Omnipotente, podéis darlo. El hombre por sí solo no puede conseguirla, pero ni aun después de haberla recibido sabe comprenderla y mucho menos explicarla. Sólo sabe que no se parece a nada de la tierra y que *toda deuda paga y sabe a vida eterna*. Y que está muy por encima del poder del hombre. Dios lo hace.

245. *Lo conseguiré*. Dios me dará esa unión, pero tengo que despojarme de la confianza que en mí había puesto; tengo que reconocer y palpar mi impotencia y mi nada. Dios maravillosamente me va cambiando la confianza que en mí tenía, que era amor propio y me daba la santa osadía, y me va poniendo la confianza que he de tener en El. Con Dios

todo lo puedo y Dios obrará en mí maravillas. Todo lo podré en El y con El.

En los principios pone el Señor en el alma el gustillo espiritual que endulzando las obras, da decisión y atrevimiento al espíritu. Al principio de la entrega y recogimiento en Dios, se encuentra el dulzor en la oración y en la convivencia con Dios y en cuantos actos espirituales se realizan. Luego va Dios haciendo desaparecer esos fervores sensibles de la oración y del retiro y va dejando que el alma quede a oscuras, que vaya experimentando que no hace nada y que pierde el fervor, para que sólo se apoye y confíe en la fe, que es apoyarse y confiar en Dios. El alma aprende a no saber discurrir ni pensar; hasta se va encontrando más endurecida y entenebrecida, porque Dios está obrando más directamente y con mayor eficacia. Dios va quitando todos los consuelos y fervores afectuosos, que la atraían hacia Dios y la deja sola en su ignorancia e impotencia para que se conozca mejor y sólo vaya guiada de la fe y de la fidelidad a Dios.

Enséñame, Dios mío, a vivir vida de fe y a tener obras de fe. A obrar por encima de mi sentimiento y de mi entender y comprender. Esta fe y oscuridad me acercan a Dios y el no entender me da una más alta inteligencia y noticia de Dios, y más fina atención. Dios está sembrando en mí su semilla y no quedará enterrada y sin nacer esa semilla, sino que nacerá y florecerá lozana y esbelta y dará el fruto

deseado de la unión con Dios después de la transformación del alma en amor. No va perdiendo el alma en oración sino que pierde en su oración para ganar en la oración de Dios, en la profundidad de Dios, en la inmensidad y grandeza de Dios. Y el amor se desarrolla y se posesiona del alma. Bien lo expresó San Juan de la Cruz :

Cuanto más alto se sube,  
tanto menos entendía  
que es la tenebrosa nube  
que a la noche esclarecía;  
por eso quien la sabía  
queda siempre no sabiendo  
toda ciencia trascendiendo.

Cuanto más alto subía,  
deslumbróseme la vista,  
y la más alta conquista  
en oscuro se hacía...

.....  
Cuanto más alto llegaba  
de este lance tan subido,  
tanto más bajo y rendido  
y abatido me hallaba.  
Dije: «No habrá quien lo alcance.»  
Y abatíme tanto, tanto,  
que fui tan alto, tan alto,  
que le di a la caza alcance.

Tengo que vaciarme y limpiarme de mi amor propio y de mi estima y como yo no lo sé hacer, se

encarga Dios de limpiarme y vaciarme. Va quitando todo lo mío y sensible, para poner todo lo espiritual y divino. Dios me lo va quitando para hermosearme y enriquecerme. Dios me acerca a Sí. Sin esos gustillos estoy más cerca de Dios, más próximo a la verdad y al amor eterno. Amo a Dios más intensamente que antes. Ya vivo más en Dios, en la hermosura de Dios, en lo inefable y misterioso de Dios; estoy más metido en lo vivo de Dios, aunque lo siento menos y lo gusto menos. Estar vacío de gusto es estar metido en Dios, es saberlo y vivirlo por fe, por encima de los sentidos, sin gustarlo.

246. Dios hará la perfecta unión, me enseña el mismo San Juan de la Cruz, cuando yo esté perfectamente muerto a mí mismo, pero no la hará perfecta hasta que no haya llegado a esta muerte y me haya purificado. La muerte me aproxima a Dios. La muerte física me une en la visión de Dios en el cielo. La muerte de mi amor propio, me une en la unión de amor.

Y yo he escogido el retiro, me he apartado de los bienes y del trato de personas, para vivir en Dios y a Dios, muerto ya a mí. Cuando sea mayor mi fidelidad y mi delicadeza con Dios, será más rápida y más perfecta mi unión en su amor.

Deseo amar a Dios y que Dios me haga amor suyo. Para esto estoy ofrecido a su servicio, y me he fiado de su palabra de verdad infinita. El alma per-

fectamente ofrecida a Dios nunca se vuelve atrás por dificultades que se la presenten, por oscuridades que la envuelvan, por dureza y sequedad que sienta; sabe que la fe la guía y Dios está con ella, aun cuando no sienta el bullir del fervor que antes sentía y parezca que la misma fe se va eclipsando. Es providencia misericordiosa del Señor, que El mismo vaya quitando todo eso sensible de mi alma, porque yo nunca me determinaría a quitarlo ni aun creería era bueno quitarlo.

Pero al quitar eso sensible de mi alma, El mismo va poniendo dentro mí mismo un amor más hondo y más puro y perfecto; El mismo enciende en lo íntimo mío un fuego más intenso de amor, con el cual limpia y purifica el alma y abrasa toda imperfección y amor propio. Dentro de mi alma está poniendo el Señor su misma hermosura, y la ciencia y sabiduría sobrenatural del amor. Si mi alma persevera fiel en esta purificación y preparación que Dios está haciendo en ella, aun en la tierra sentirá la inundación de grandeza, de hermosura y delicia, que ella ni conocía ni podía sospechar. Es Dios llenándola de sus misericordias al hacerla participar de sus perfecciones. Sólo Dios puede comunicar y hacer sentir estas delicias.

*«Esto tiene el amor donde hace asiento, —dice San Juan de la Cruz—, que siempre se quiere andar saboreando en sus goces y dulzuras, que son el ejer-*

*cicio de amar interior y exteriormente.»* El ejercicio de amar es el goce del alma. Dios tiene que poner en el alma un paladar de divina sabiduría para que no la entretengan y descaminen de la senda de Dios los apetitos y gustillos del afecto. Esto no lo sabe hacer el alma y lo hace Dios en el alma. Quita lo sensible y pone lo espiritual. Transforma el hombre viejo o el modo viejo en el nuevo, y pone su figura impalpable, espiritual, hermosísima y purísima.

Desde el momento en que me determino a vivir la santidad, escojo vivir a Dios y en Dios. Dios mío, si solo esto es lo que yo deseo y para esto he salido de todo o lo he dejado todo y hasta de mi amor propio, ¿no llegaré a vivir en la tierra este ideal que Vos mismo me enseñasteis? ¿No llegaré a vivir vuestro amor con la perfección que yo deseo? ¿No me transformaréis y pondréis en mi alma la hermosura que Vos queréis poner o no me uniréis con Vos en amor como lo deseáis?

Pero mira, alma mía, que Dios no une las tinieblas y la luz. Dios no une la tierra con el oro. Deja que Dios quite tu oscuridad y tu fealdad iluminándote con su luz y poniendo en ti su hermosura. Deja que Dios quite o derrita la tierra que tienes para que te haga o transforme en oro. Deja que quite la tiniebla y la tierra y te haga cielo. Tú no sabes, ni puedes ni tienes determinación para hacerlo. Tu Padre Celestial lo está realizando de modo maravilloso.

247. Cuando Dios va lavando y transformando y tomando posesión de un alma la hace palpar su nada y conocer que no comprende nada, y la despega de sí misma, de su amor propio, de su honrilla y presunción, para levantarla, para infundirla la ciencia y sabiduría sobrenatural, para acercarla y unirla a Sí mismo, en amor perfecto y en ideal y vuelo de altísima fe.

Limpiadme, purificadme, Dios mío; vaciadme de mí y de mis apetitos para que me llenéis de Vos. Hacedme vuestro, para que os hagáis mío. ¡El Infinito quiere hacerse mío y quiere hacerme suyo! ¿Cuándo seré luz vuestra?

El Señor lo ha prometido y no dejará de cumplir esa su palabra de amor. Pero no lo realizará por los pobres caminos que yo sé, sino por los maravillosos que El tiene trazados. Dios hará a mi alma participante de esas riquezas, pero de un modo que yo ignoro. Dios pondrá en mí su hermosura y levantará mi alma y la revestirá e iluminará con su luz y su ciencia, pero preparando antes y limpiando al alma. Pienso yo ¡qué será un alma limpia, iluminada, embellecida y enriquecida con la luz, hermosura y riqueza de Dios! ¡Qué efectos tan sorprendentes sentirá esa alma! Con esos maravillosos y agradabilísimos efectos el alma se desprende de todo y se goza entregándose a Dios. Eso es lo que despega del mundo y de los apetitos.

Santa Teresa lo dice de sí misma y de todas las

almas. Es Dios atrayendo el alma hacia sí en dulzura:

¡Oh Hermosura que excedéis  
a todas las hermosuras!  
Sin herir dolor hacéis,  
y sin dolor deshacéis  
el amor de las criaturas.

.....

Engrandecéis nuestra nada.  
¡Oh ñudo que así juntáis  
dos cosas tan desiguales!

.....

Engrandecéis nuestra nada.

Es misterio delicadísimo y amorosísimo de Dios para llenar nuestra alma de su hermosura.

Porque en ese sentirse el alma como vacía de sí misma y de todo bien, está el Señor haciendo su obra de transformación en amor y poniendo su misma hermosura en el alma. El alma ve como que se va perdiendo, pero está recibiendo la riqueza y sabiduría de Dios y está ganándose. Confía, alma mía, en Dios qué no te deshace para perderte, sino para rehacerte y llenarte de todas las ganancias. El Señor quiere unirse con El mismo, y aun cuando te parezca vas perdiendo o te ves ya como perdida, vas ganando luz y transparencia y riqueza de cielo y te guía Dios para meterte en El mismo y en toda su grandeza.

Cuando te recoges en esta verdad de la fe, sabes que te juntas íntimamente con Dios, que estás puesta en Dios y Dios llena tus potencias y te transforma; hace en ti lo que tu no sabes hacer ni comprender. Es obra altísima de Dios.

Alma mía, espera en Dios, confía en Dios, ama a Dios.

Cuando estoy esperando algo, tengo puesta mi atención en lo que espero y deseo, y cuanto más lo espero y deseo tanto presto mayor atención a ello. Yo estoy esperando amar a Dios con toda mi alma. Yo estoy esperando que Dios haga en mi alma la transformación de amor con El; y pongo toda mi atención en El y me recojo en Dios y sé que estoy en Dios y Dios está en mí. Si tengo mi atención en Dios y la tengo sin distraerme a otra cosa, estoy ya hablando con El y El habla conmigo. Le miro y el mirar a Dios es hablar con Dios y es recibir de Dios. Mi alma te desea, oh Dios mío, y te mira y espera de Ti todo lo prometido y Tú no dejas de cumplirlo.

248. Cuando Dios se hace sentir en amor y en afecto, el alma se derrite y está gozosísima y se la hace el tiempo brevísimo y de cielo. Pero eso mismo que siente el alma cuando Dios se hace sentir, está viviendo y recibiendo cuando está con Dios por más sequedad y cansancio que tenga. Lo grande de la oración no es lo que el alma siente en la oración o

lo que el alma habla o discurre, sino lo que Dios está haciendo y poniendo en el alma. Es la obra del amor y de la transformación. Yo la estoy esperando. Es la obra más grande y maravillosa. Tengo toda mi atención y todo mi deseo puesto en Dios, que la realiza en mí y no sólo no estoy perdiendo el tiempo, sino que es el tiempo mejor empleado y de mayor ganancia.

Estoy esperando. Me parece que tarda. Todo mi recuerdo y todo mi deseo está en Dios por la atención. Las vírgenes le esperaban y llegó a la media noche, pero llegó y entraron al banquete con El. Si yo no espero hasta la media noche, si yo no tengo paciencia para pasar la oscuridad y aun el miedo de la noche, si yo no paso por todas las dificultades de la noche, no llegará para mí y es que no tengo aún el conocimiento de su grandeza y de su hermosura y de las riquezas que Dios comunica.

Dios es Dios. Dios es infinito y enriquece al alma con bienes inenarrables. La hace participante de sus mismas perfecciones.

El misterio de la transformación del alma en unión de amor con Dios, el misterio de la santificación del alma es una hermosura tan alta, una sabiduría tan superior a la inteligencia humana, una riqueza tan inapreciable, un bien tan incomprensible e inefable, que bien merece espere mi alma, aún cuando sea en la mayor oscuridad y más fuertes aprietos y desolaciones y purificaciones hasta bien

entrada la noche cuando venga el Señor. Porque el Señor vendrá a mi alma si espero, si lo deseo, si estoy atento a El, y vendrá como Amado y como amor para mostrar su amor a mi alma. El alma quiere estar a solas con el Amado para amarle y para recibir su amor.

Santa Teresa dice que cuando gozaba de esta sabrosa soledad, no quería hablar con nadie ni distraerse con nada de la tierra ni del cielo para estar atenta gozando con solo Dios. Dios estaba llenándola toda y ella absorta en Dios.

Y San Juan de la Cruz escribe que en esta soledad Dios hace esta maravilla en el alma por sí solo y directamente *«no ya por medio de ángeles ni por medio de la habilidad natural, porque los sentidos exteriores e interiores y todas las criaturas y aun la misma alma, poco pueden hacer al caso para ser parte para recibir estas grandes mercedes que Dios hace en este estado... porque la halla a solas... Además de amar el Esposo mucho la soledad de el alma, está mucho más herido del amor de ella por haberse ella querido quedar a solas de todas las cosas, por cuanto estaba herida de amor de El; y así... El solo la guía a Sí mismo, atrayéndola y absorbiéndola en Sí; lo cual no hiciera si no la hubiera hallado en soledad espiritual»* (C, c. 35). Ellos llamaban a esta soledad sabrosa, porque ya habían gustado sus delicias y el sabor de vida eterna.

Yo no he probado esas dulzuras ni se a qué sabe

el regalo espiritual que Dios comunica al alma purificada, y me encuentro en oscuridad y en vacío. Sé, sin embargo, que estoy solo con Dios y Dios a solas conmigo y que me he ofrecido a Dios. Pero me falta la fe viva, el relieve de la fe. Quisiera tener tierra donde apoyar mis pies y algo para agarrarme con mis manos; es que quisiera que mi imaginación me representara vida y mi entendimiento me suscitara ideas y mi memoria me llenara de recuerdos palpables de Dios y no veo nada y me encuentro vacío de todo y no sé discurrir ni veo nada.

Porque me falta esa fe viva no tengo presente que tengo que encontrarme sin nada, en vacío de todo lo sensible. Si me apoyara en algo sensible todavía no era Dios y la fe me enseña que estoy en Dios y Dios en mí y Dios es sobre toda imagen, sobre toda idea, sobre todo lo sensible y afectuoso. Si me afianzo en mis pensamientos, por altos que sean, todavía no estoy en Dios. Dios me borra esos pensamientos y esos afectos para poner pensamientos suyos divinos y amores celestiales. Dios quita de mí la tierra para poner lo suyo, lo divino y celestial, lo que no puedo soñar, lo más hermoso y más santo.

Cuando poseo o tengo un objeto precioso en las manos, si me presentan otro más precioso y de mayor belleza y valor, en seguida dejo el primero, por que me subyuga y encanta el segundo. ¡Cuánto gozo y gano tomando éste y dejando aquel a no ser que me falte el sentido de la apreciación como veo

hacen los niños, que aún recibiendo juguetes valiosos y bonitos, los dejan al poco tiempo para continuar divirtiéndose con la tierra y el barro con harto sentimiento de sus madres al verlos tan manchados y sucios del barro! ¡Son niños; aún no aprecian los valores y el mérito!

No quiero ser en esto como los niños. Quiero y debo apreciar el valor de las cosas. Dios me está quitando todo lo que yo estimaba como lo mejor y más hermoso para mi alma y mi vida espiritual, como eran mis pensamientos y mis afectos; los valoraba como niño en el espíritu. Dios quiere poner en mí otra hermosura, y otro conocimiento y otro amor y darme otra riqueza; lo anterior era como barro comparado con el oro y las joyas. Ahora me quiere dar sus joyas valiosísimas, quiere hacerme participante de sus mismas perfecciones que no se parecen a las que la inteligencia humana puede comprender. Son joyas del mismo Dios, y del cielo.

249. La avaricia y la vanidad del hombre en la sociedad, procura siempre adquirir lo de más valor, lo máspreciado y llamativo. No se escatiman trabajos para procurar obtenerlo. ¡Cuánto trabajo cuesta explotar una mina! Pero debajo tierra, a gran profundidad, está el oro y el hombre lo remueve todo y se mete en lo profundo de la tierra entre mil peligros para conseguir el oro y enriquecerse y llamar la atención.

Hoy se habla de la riqueza que produce a la nación el oro negro, como se llama al petróleo. Hoy se están haciendo en España y en todo el mundo profundas perforaciones; se barrena la tierra hasta tres y cuatro kilómetros de profundidad con máquinas maravillosas. Se hacen perforaciones en Navarra y en Huelva y en Vitoria y qué contento en la nación y en el gobierno cuando aparece y muy abundante en Burgos. ¡Se encontró el oro negro! ¡Ya hay petróleo en la nación que es una gran riqueza! ¡Cuánto se estudia para empezar a explotar una mina! ¡Cuánto capital se necesita y cuánto trabajo cuesta! ¡Cuántas desgracias y sudores y trabajos se padecen y cuántas muertes acaecen en su explotación! El Canal de Panamá fue como un cementerio. Pero se animan esperando que venga la abundancia de la riqueza. Se desestima hasta la propia vida esperando hacerse rico de oro. El ansia del oro y de la riqueza espolea y hace pasar por encima de todas las dificultades y de todas las penalidades. ¡Lo que interesa es tener oro y sobrepasar a los demás en bienes y en lujo!

Yo voy a explotar no un yacimiento de petróleo, no una mina de oro o de diamantes; no voy a perforar profundidades con esperanza de encontrar lo que en la mayoría de las veces no se encuentra. Yo voy a buscar a Dios infinito que es la fuente de todo bien. Yo estoy seguro de que encontraré y adquiriré el bien que Dios me ha prometido. Encontraré a

Dios belleza infinita y creador de todas las cosas. Mas aún: sé que ya estoy en el mismo Dios y Dios está en mí y está siendo todo mi bien. Para poseerle en amor, para unirme a El en amor tengo que esforzarme, tengo que despojarme de mí mismo, de mis complacencias, de mis mismos pensamientos y afectos; pero es para vestirme de las mismas perfecciones de Dios, para que Dios ponga en mi entendimiento y en mi voluntad pensamientos y amores divinos, que saben a esencia divina. ¡Tengo que dejarme a mí mismo, pero es para encontrar a Dios y hacerme de Dios y que Dios se haga mío! Dios se pone en mí y me da lo suyo; la luz nueva, la hermosura nueva, la vida nueva sobrenatural, vida de Dios. Yo espero este tesoro; todavía no le he gustado, pero sé que ya le tengo y que Dios continuamente lo está aumentando y perfeccionando en mí. Todavía no tengo conocimiento del valor de este tesoro, pero sé que es inmenso e infinito, y es seguro si yo quiero y persevero. ¡Qué belleza pone Dios en mí! Me está preparando. Ya lo está poniendo. Me deshace para rehacerme. Leo en Cicerón que *Homero en sus ficciones trasladó lo humano a los dioses y él hubiera preferido trasladarse a los hombres las perfecciones divinas*. Dios realiza aquí con el alma este noble deseo poniendo sus perfecciones en el alma, divinizándola.

Veo que un pintor tiene un pobre lienzo y un poco de pintura. Pero ese pintor es un gran artista y

con esos pobres medios hace un cuadro maravilloso, que es la admiración de los entendidos y ya terminado vale millones. Dios infinito está poniendo su hermosura en mi alma y se pone El mismo. Dios es el pasmo de toda la hermosura y el encanto de toda la armonía. Alma mía, déjate preparar, déjate hermohear de Dios. Déjate en las manos creadoras y omnipotentes de Dios y verás la maravilla que Dios hace en ti. Persevera constante y fiel y espera. Me exige el sacrificio de todo, el despojo de todo y la entrega de mí mismo y de mi pensar y de mi amar. Pero la recompensa es Dios mismo. Dios se hace mío y es mío y yo soy de Dios, ya realmente aun cuando en oscuridad y vacío.

¡Con qué delicadeza leo que perseveraron los Santos! ¡Aun en esta vida qué bien pagados se vieron! San Juan de la Cruz perseveró confiado. Me dice *que en esperar no fue falto* y con un momento de gozo se sintió bien pagado de cuanto había hecho y esperado.

250. Todos los escritores santos, y San Juan con mayor cariño que todos, me enseñan a vaciarme de mí mismo, de mi amor propio y de mis apetitos para dar perfecto cumplimiento a las palabras de Jesucristo de que me *niegue a mí mismo si quiero seguirle*. Este Santo me exhorta a que no me desaliente ni en las pruebas ni por insensibilidad que sienta en la oración, sino que persevere en oración

de fe, ciego, quieto, en silencio, atento a Dios, como quien no hace nada más que estar con Dios sin saber hablar, sin saber pensar ni discurrir y muy unido con Dios y muy metido en Dios espere en Dios. Es la oración de esperanza que tanto alcanza cuanto espera. Es reclinar la cabeza sobre el pecho de Dios.

¿Quién como él ha conocido la idealidad y grandeza del tesoro inapreciable de la unión de amor con Dios? ¿Quién la ha estimado y antepuesto a todas las cosas como él? Todo cuanto escribí es para animarme a trabajar por conseguir esta unión con Dios y dejar que Dios realice la transformación de mi alma. Dios le dio la sabiduría del amor y la ciencia de la vida interior para conocer el tesoro escondido en los sufrimientos, y cuánto preparan los trabajos para la transformación de amor.

Cuando el Señor le dijo: *¿Qué quieres por cuanto por Mí has hecho y padecido?*, no le pide ni regalos, ni mercedes, ni conocimiento ni todo lo que naturalmente ansía el corazón. Pide lo que más cuesta a nuestra pobre condición humana y seguramente lo que más le costaba a él. Respondió a Jesús: *Señor, te pido padecer y ser menospreciado*. Pide no ser comprendido y no siendo comprendido, ser menospreciado. Y preguntándole su hermano Francisco de Yepes si el Señor se lo había concedido, le respondió el Santo: «Estoy seguro que Dios me lo ha concedido.»

Los hechos mostraron que se lo concedió el Se-

ñor. Porque con lo muchísimo que le quería y debía Santa Teresa de Jesús, tampoco llegó a comprenderle aun con el buen ojo que tenía para conocer las personas y su mucho talento. Le admiró como a Santo y dijo: *aquel santico de Fray Juan*. No conoció toda la hondura y grandeza de su valor en las demás cualidades como superior y como legislador. En este aspecto fue menospreciado o menos valorado de la misma Santa Teresa de Jesús con no pequeño detrimento de toda la Orden. Dios le había concedido la petición.

San Juan de la Cruz enseña que con solo un momento que el Señor ponga su mirada amorosa y de luz en el alma, ve tanta luz, tanta hermosura, riqueza y grandeza en Dios y en sí misma, que se da por bien pagada con esa sola mirada de Dios de cuantos esfuerzos, trabajos, sinsabores, sufrimientos, desprecios, dolores y aprietos como había pasado esperando y preparándose para recibir a Dios, y aun la parece como si no hubiera hecho nada para tanto gozo y grandeza. Y todo cuanto había padecido y esperado la parece nada para un bien tan insospechable.

251. Y si el ver y sentir solo un rayo y un atisbo de esta infinita hermosura e inconmensurable bondad un solo momento, ha pagado al alma tan larga y cumplidamente cuantas esperas y trabajos

había pasado, ¿qué será cuando se manifieste claramente en su esencia y en visión de gloria?

Y mi alma sabe por la fe y algo por la teología, que esta infinita hermosura, que este infinito bien, que esta omnipotencia y bondad, la tiene dentro de sí misma y está envuelta y compenetrada con ella. Iba en su busca y lo dejó todo por encontrarla, pero la tiene dentro de sí misma. Nunca los sentidos pueden sentir tanto gozo ni la razón puede formar idea perfecta de su delicia. El alma se vacía de todo para mejor poseerla y se guía sólo de la fe. Tan delicado y alto es el valor de este oro y de este tesoro de la vida espiritual y de la santidad.

La fe me dice que es infinito, sobre cuanto se puede pensar y soñar.

La Escritura divina me dice que el oro y la plata, o sea, todos los bienes han de ser desestimados y despreciados en su comparación. Si por adquirir oro, si por explotar una mina y procurar enriquecerse, si por poseer un tesoro tanto se desvelan los hombres ¿cuánta fidelidad no debes tener tú, alma mía, por prepararte a recibir este tesoro de cielo? Pues dices lo has dejado todo para conseguirle, persevera constante en tu propósito y espera al Señor cuanto El haya determinado. Jacob esperó catorce años y pasó sus pruebas por unirse con Raquel, y le pareció muy corto plazo después que lo había pasado. ¿Qué no has de esperar y pasar tú, alma mía, para unirse en amor con el mismo Dios?

Tengo que vaciarme de la tierra para poder llenarme y convertirme en cielo. Tengo que vaciarme no sólo de mi amor propio, y de mis gustos y estima, sino hasta de mi propio pensar y amar, o de mis pensamientos y afectos ofreciéndoselos a Dios para que El me los recoja y me dé pensar de cielo, y amar de cielo en fe y en esperanza. Mi entrega, mi ofrecimiento, mi compañía con Dios en silencio y esperanza serán mi adoración a Dios. Quiere el Señor que yo le ame en silencio y le acompañe en silencio, recibiendo en silencio su luz y su palabra. Mi imaginar, y mi pensar y discurrir es pura ignorancia delante de Dios y la adoración y ofrecimiento en silencio la más perfecta oración. No he de dejar de imaginar, de pensar ni discurrir mientras pueda; son estos los medios naturales para despertar el afecto, para avivar la devoción y para arraigar las virtudes y adquirir de nuestra parte la presencia de Dios. Quiere el Señor que pongamos de nuestra parte cuanto podamos con humildad y esperando que El ponga lo que ha de poner, pues El es quien me dará sus tesoros y su sabiduría divina, y no los dará mientras yo no haya hecho cuanto está de mi parte y se lo haya pedido.

Todo esto me enseñará y ayudará a llevar a Dios dentro de mí, metido en mi alma y en mi recuerdo. La lectura santa me habla de Dios y le graba en mi cerebro; la conversión santa me le refresca en la memoria y los pensamientos y afectos santos susci-

tan en mi voluntad las ansias de Dios y me afianzan en las virtudes. Son los medios para explotar esta mina de oro de cielo y enseñarme la oración.

Pero llega un momento en que el Señor lo va haciendo desaparecer y parece se seca el corazón y hasta el alma. Es el momento que exige mayor fidelidad y constancia. No debo desalentarme cuando vea que no puedo hacer nada, que no puedo sacar agua porque el pozo está seco, como decía Santa Teresa. No debo faltar con mi presencia ante la presencia de Dios ni acortar la oración sino dar gracias a Dios que me hace ver mi inutilidad y que no valgo ni para tener un pensamiento bueno, y estoy como la tierra seca y polvorienta esperando que llueva. Y sólo Dios hace llover.

Es Dios el que ha tomado mi alma en su mano y la está limpiando, y estrujando como se estruja una esponja para que quede bien seca y apta para recibir el nuevo líquido en que se la quiere empar. Es Dios quien quiere poner en mí un nuevo amor y un nuevo fervor y me quita todo lo mío, para poner en mí lo que yo no sé ni entiendo, pero que es suyo, es una nueva y más alta oración. Cuando no sé pensar, ni siento afectos y me encuentro en la desolación, me entrego más confidencialmente a Ti, sé que quieres algo más hermoso de mí. En Ti confío y a tu bondad me entrego. Con David repito, *aun cuando me deshagas, en Ti confío*. Sé que me deshaces para rehacerme con nueva perfección. Sé

que el alma confiada y humilde tanto alcanza cuanto espera; sé que el alma entregada nunca queda engañada.

Alma mía, entrégate a tu Dios con los ojos vendados, permanece confiada en el silencio y en el no saber ni sentir y, cuando menos lo esperes, te dará el Señor sobre cuanto tú pudieras esperar y te encontrarás con el mismo Dios, que se hará sentir con gozo inexplicable dentro de ti y llenándote de su luz. Dios te ha estado y está labrando y preparando para comunicarte *la ciencia muy sabrosa*, que es El mismo. Te pone en el silencio exterior y en el interior y en el no saber para ponerte en la soledad con El y en su gozo, que es gozo de Dios, con el cual no tiene comparación el de las criaturas ni el de la propia alma o sentidos del cuerpo. Es el trato con Dios en el divino silencio, que es vivir en la hermosura y sabiduría de Dios.

252. Debo tener muy presente que esta hermosura infinita, que este encanto y delicia insospechada de Dios, está dentro de mí y llenándome. Debo tener presente que Dios me mira con infinito amor; que Dios me habla con palabra santificadora, con la ternura y confianza del silencio, y me moverá a poner en El toda mi atención y fijeza en silencio; a ofrecerle todo mi corazón y que mi alma reciba toda la luz y todo el amor que en

ella está poniendo. No hay conversación ni hay maestro semejante a este Maestro y a esta conversación. Mi alma escucha, atiende, recibe.

¿Puede darse algo semejante a estar con Dios en intimidad y verdad? ¿No es esto superior a todo ensueño e ilusión? Por esto, alma mía, nunca te desalientes; confía en Dios, porque Dios se hará presente y se hará sentir en ti con amor de Dios después del tiempo que El haya señalado para purificarte y prepararte si tú le eres fiel. Dios tiene que quitar de ti la vanidad o complacencia que sentías cuando el fervor movía tu fantasía y tu corazón y creías que ya estabas poco menos que llena de Dios. El Señor te ha hecho palpar tu nada y tu ruindad, quitándotelo todo por algún tiempo, para mayor bien, y que experimentes que ni sabes hablar ni aun puedes tener un buen pensamiento. Cuando estés más humillada y compenetrada con tu nada, sentirás las misericordias del Señor.

Hace tiempo se me ocurrió esta comparación. Dios quiere llenarme de Sí mismo; para esto me ha llamado; y yo quiero que Dios me llene; para esto me he retirado de todo y recogido con El; para esto pongo todos los medios que sé y puedo. Es la unión que yo procuro. Pero esta unión sólo la puede hacer Dios y la hace por la oración, por su presencia y por el ejercicio de las virtudes. Yo solo nunca podré conseguirla; pero si no pongo mi esfuerzo, nunca la hará el Señor conmigo. Para

sumergirme en Dios, para andar empapado en Dios, me quita el Señor el fervor sensible y el gusto espiritual. La unión está muy por encima del afecto sensible y de la oración afectuosa. La unión se hace en la oración de Dios. Mientras el alma se está llenando aún permanece la oración afectuosa y el discurrir y pensar. Luego desaparece.

Una semejanza veo en este hecho, que yo muchas veces realicé y observé en los que conmigo lo realizaban jugando. Deseaba limpiar bien muchas botellas de distintos tamaños para llenarlas luego de otro líquido bueno, y para que se reblandecieran y se limpiaran más fácilmente y mejor, las echaba en un depósito y observaba cómo todas las botellas, cuando empezaban a llenarse de agua, empezaban también su especial clamor arrojando fuera el aire que contenían y dando entrada al agua en que flotaban. Todas las botellas flotaban y se movían y chocaban unas con otras, y algunas veces con rotura, y no cesaban en el clamoreo, cada una con diferente sonido, según su tamaño y orificio. A medida que las botellas recibían el agua se iban sumergiendo y haciéndose más lento el clamoreo y el movimiento. Y cuando ya del todo estaban llenas se hundían sumergidas del todo, ya sin moverse ni chocar con las otras; ya calladas, sin el menor ruido ni movimiento. Ya todas estaban llenas en el interior y sumergidas y envueltas hasta en su exterior en la misma agua. Unas habían tardado más,

tras algo menos; pero todas habían terminado llenándose y sumergiéndose en el agua. Todas estaban ya en silencio, saturadas, quietas, sumergidas.

Pues por semejante modo obra mi alma y todas las almas que aspiran a la perfección y a vivir llenas de Dios. Se sumerge mi alma en la oración, aún llena de aire de vanidad y presunción, que tiene que arrojar de sí para dar entrada a Dios. Y lo hago con mi clamoreo, discurriendo, pensando, moviendo mis afectos, practicando las virtudes. Empieza a salir el aire de la propia flaqueza y del amor propio; en ese clamoreo va entrando la fortaleza del amor de Dios y la va llenando y sumergiendo. Cuando el alma se ha vaciado de todo lo imperfecto, cuando el alma se ha sumergido y hundido en la bondad y grandeza de Dios, cesa el clamoreo, desaparece la inquietud y roce del amor propio y del propio gusto, se aquietan las potencias y el alma está llena de Dios, en silencio, en admiración, en el gozo de Dios, en la alabanza a Dios, en el agradecimiento a Dios, saturada de Dios y como en un éxtasis de amor. Es la oración de Dios en el alma. Es lo perfecto del alma. Dios la llena toda sin ideas particulares y pequeñas. Dios, Dios es la respiración del alma y la vida y el gozo del alma. El alma está llena de Dios, completamente sumergida en Dios. El pensar y el amar y el desear y el obrar es en Dios y para Dios. Vive la paz en Dios.

Alma mía, ésta ha de ser tu vida. Has venido

y te has recogido para participar de Dios y vivir en Dios como los ángeles. Dios te tiene que transformar y unir con El, pero está deseando hacerlo y meterte dentro de El, en su misma vida. Si participas de la vida de Dios, aun cuando todavía no en gloria, consecuentemente estás sumergida en Dios, tendrás el silencio del amor y del agradecimiento y de la admiración y del ofrecimiento. Estarás quieta en Dios. La voluntad de Dios será tu querer. Te habrá comunicado Dios la oración y su presencia estará en ti tan perfecta como se puede tener en la tierra. Vivirás y pensarás y obrarás sumergido en Dios.

La conversación con los hombres disipa y aun la espiritual prolongada cansa y seca. La conversación no necesaria impide el trato con Dios. Cuando se vive el silencio espiritual, Dios está metido dentro y lo llena todo. El alma no se encuentra entonces para atender por mucho tiempo a la conversación de los hombres. Está recibiendo la enseñanza y la hermosura y el conocimiento de Dios. ¡Dios mío, bendito seas, pues para tanta grandeza me has llamado! ¡Que no la menosprecie y pierda yo por mi culpa o infidelidad!

253. Ahora me quiero preguntar de nuevo: ¿Cómo viviría la Virgen y cómo la Sagrada Familia en su casita de Nazaret? En ninguna parte se ha dado jamás, en la tierra, una unión tan com-